



Año XLII



Orhuela 15 de Mayo de 1924



Núm. 979

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA.

Fablas y no de dueñas

Lo raro del caso llamó poderosamente mi atención.

Dos caballeros sostenían tirada y animada conversación en el tranvía, lo cual cae dentro de lo insólito en la ciudad de Barcelona, donde por carácter o por otra razón que ignoro lo cierto es que la gente en los tranvías observan el silencio con perfección de anacoreta.

Per esa la voz chillona del uno y casi estertórea del otro llegaban a mis oídos sin obstáculo alguno y conseguieron hacerme seguir el hilo de la conversación de ambos interlocutores.

Recayó aquella sobre el por entonces reciente esdurgo que el Ayuntamiento de la Ciudad Condal había mandado practicar en los kioscos y demás puestos de libros, con el efecto producido de los 25.000 volúmenes pornográficos arrojados a las llamas. Se expresaron de esta manera.

Caballero A.—Francamente, lanzar 25000 libros a las llamas por el mero caprichoso escrúpulo de unos cuantos... ¡eso ni en tiempo de Felipe III!

Caballero B.—Le diré a V. también con franqueza: tolerar ese desbordamiento de pornografía que corrompe nuestra juventud; permitir esa nefasta propaganda de ideas disolventes que minan los principios más sagrados de Religión y Patria... es sencillamente un execrable crimen peor todavía que las bombas y atracos y homicidios.

Caballero A.—Permítame que disienta de su parecer: una cosa es atentar contra la vida de los inocentes, y otra muy distinta dar franquicia a las diversas expansiones del espíritu: Aquello es un crimen, esto

una conquista de nuestra civilización...

Caballero B.—Aquello es un punible atentado contra la vida del cuerpo, contra los bienes materiales: esto en nuestro caso un execrable delito contra la vida del alma y los bienes del espíritu, tanto más dignos de respeto, cuanto lo espiritual vence lo material.

Caballero A.—Le creó a V. en un falso supuesto.

Caballero B.—¿...?

Caballero A.—Me explicaré.

Le confieso que yo tengo verdadero afán por leerlo todo. Y a la verdad puedo afirmar que nada me espanta de lo que hay escrito. Me gusta leer y enterarme de los libros anarquistas, que si es cierto que caen en múltiples errores, también lo es que tienen alguna cosa buena. Mi entendimiento se encarga de elegir lo verdadero y despreciar lo falso.

¿El libro y folleto antirreligioso? También me satisface leerlos. No quiero que sobre mí ni sobre mis hijos recaiga el sambenito de retrógrados: Así estamos al tanto de las ideas de todo el mundo; nos ilustramos y podremos seguir la senda que la razón nos dicte, no la que nos marque la retina.

Tampoco comprendo esas campañas contra los diarios criminalistas que explican al vivo y con grabados horripilantes los asesinatos y suicidios. ¿Por ventura por eso ya nos vamos a convertir todos en criminales o suicidas? ¡Nada de eso! Se leen por curiosidad y entretenimiento y luego a la razón toca rechazar la práctica de tales doctrinas.

¿A qué tanto espaviento ante un escrito indecente y deshonesto? A caso un hombre es una criatura? Un hombre lo puede leer todo, lo puede saber todo; se puede solazar en esas

lecturas sin peligro. Así el hombre conoce mejor los peligros de la juventud y puede apreciar juntamente el mundo en que ha de vivir.

A mí no me daña lectura alguna por mala que sea; no me seducen las opiniones de los diarios sectarios, ni me persuaden las doctrinas de los libros, ni me desvanecen las emanaciones del vicio que se desprende de los novelas indecentes.

Yo sé hacer como las abejas, que van de flor en flor y no recogen más que el suave néctar...

Caballero B.—Supóngase V. que un día se le presenta un íntimo amigo suyo y que ese amigo le habla en estos términos:

Tengo verdadero afán de comer y comer de todo.

Nada de lo que se espende en las droguerías me espanta. Me deleita comer y saborear el arsénico, cuando me lo presentan mezclado con manjares buenos... Mi estómago se encarga de elegir y digerir lo bueno y desprenderse de lo nocivo.

¿Que el vino o el aceite tienen verdín? No importa, no quiero que ni yo ni mis hijos calgamos en el estúpido remiramiento; así sabremos qué paladar hacen todas las cosas; educaremos el gusto y el estómago, nos avézaremos a todo y luego ya sabremos elegir lo mejor.

Para qué esas campañas contra los falsificadores de alimentos, que nos dan gato por liebre o lo que es lo mismo agua teñida en vez de vino, longaniza o chorizo de burro, pan de barita etc. etc.? ¿por ventura el estómago se va a resentir por eso? De ningún modo. ¡Comamos todo lo que al paladar agrada y dejémonos de cavilaciones y remilgos!

Y ¡nada digamos de los que hacen asco de comer manjares asquerosos y podridos! ¿A qué vienen ta-

les aprensiones en un hombre? Un hombre puede comer de todo, puede probarlo todo. Así sabrá qué sabor tienen los manjares putrefactos y corrompidos; a qué huelen los nocivos; qué efecto producen los venenosos y lo podrá contar a los demás.

A mí no me perjudica nada de lo que como. Por mi estómago pasa de largo el arsénico: el cardenillo no lo asimila mi estómago; en lo putrefacto no para mis naves. De todo asimilo lo que me conviene y hago caso omiso de lo demás.

Yo sé hacer como las abejas y las moscas que sólo chupan la miel y el azúcar de los medicamentos....

Caballero A.—A quien así me hablase, la verdad, le buscaría un sitio en un manicomio porque tales discursos no los puede proferir sino un orate.

Caballero B.—Pues, ¡muy señor mío! ¿por qué nuestro cuerpo no ha de resistir al arsénico o a la estrignina y nuestra alma sí?

Por ventura en los libelos antirreligiosos, en las publicaciones criminalistas, en la novela inmoral no se propinan dosis exorbitantes de los venenos más activos que empuñan nuestras almas?

Caballero A.—¡Hombre! con V. no se puede disputar.

Caballero B.—No disputemos, si le place. Pero, sin disputar, dígame V.: Si al que quisiera comer de todo lo mandáramos, y bien mandado por cierto, a un manicomio, ¿a dónde enviáramos al que se ufane de leerlo todo, lo bueno y lo malo, lo decente y lo inmoral, lo religioso o indiferente y lo crudamente sectario?

M. La Marcha

En la III Asamblea de la Prensa Católica

—La prensa ¿para qué?

—Para adueñarnos del campo.

—¿De qué campo?

—Del de las ideas; y con las ideas, de las inteligencias; y con las inteligencias, de los corazones.

—Una cadena.

—Una encadenación; después de una consecuencia, viene otra y luego la última y definitiva.

—¿Cuál es?

—Si nuestras doctrinas dominan las inteligencias y los corazones he-

mos llegado al establecimiento del reino suspirado.

—¿Que reino?

—El de Cristo.

—¿Cristo Rey?

—Sí, Rey de las inteligencias por la verdad; y de los corazones, por el amor.

—Entonces, la prensa la tomáis como evangelizadora.

—Ciertamente, y eso la ennoblece.

—¿Y a los periodistas?

—Cómo evangelizadores; como apóstoles ¡y eso los ennoblece!

—Entonces ¿cuál es el objeto del Congreso que vais a celebrar los periodistas católicos?

—El de preparar a estos modernos apóstoles; el de unirlos en el mismo espíritu; el de alimentarlos con la misma savia cristiana.

Se reúnen para implorar los dones del Espíritu Santo, que los ha de confortar y vivificar para alcanzar aquel divino Reinado.

A. Hernán

EN ZARAGOZA

El Cardenal Reig en su magnífica pastoral sobre Acción Católica había dicho que todas las organizaciones sociales debían llamarse católicas, siendo la acción católica el denominador común de todas ellas y el espíritu católico el aglutinante que las una.

La nota culminante y la más de alabar en la Semana Social de Zaragoza—que así puede llamarse la Asamblea de Sindicatos celebrada en la inauguración de la Casa Social del Sindicato Central de Aragón—ha sido la coincidencia de todos los oradores en sostener a banderas desplegadas la doctrina del Eminentísimo Cardenal Primado.

Parecía que la inauguración de la hermosa Casa Social Aragonesa no era más que una ocasión propicia para celebrar un torneo de honor alrededor de la gran Pastoral.

La acción social en España dijeron todos los oradores, ha de ser católica y ha de llamarse católica.

Y estas afirmaciones fueron las más aplaudidas por aquellos labradores hijos de la Pilarica que aun no han entendido como hay en España quienes se avergüencen de llamar católicas a sus instituciones.

L. Almarcha

CASOS Y COSAS

Después de la ejecución

Los autores del crimen del tren correo de Anlucía fueron ejecutados....

Corramos un compasivo velo sobre sus sepulturas.

Un periódico izquierdista pidió el indulto. Está muy dentro de la caridad cristiana esa petición; también lo pidió el Obispo de Madrid y el Patriarca de las Indias.

Pero no está dentro del orden de la razón el motivo que indujo al periódico a pedirlo.

Dice el periódico que los criminales han sido víctimas de la corrupción de la sociedad moderna.

No, hombre, no.

Los víctimas han sido los desgraciados que perdieron su vida en el coche correo.

Querrá decir el periodista que los criminales estaban inficionados por el ambiente corrompido de la sociedad moderna.

Ahora una pregunta al poderoso periodista radical.

¿Quiénes defienden la libertad de infección? ¿Quiénes han puesto cátedras de perdición en sus periódicos? ¿No son vuestros periódicos escuelas de crimen atacando la moralidad cristiana, excitando a la rebeldía contra toda ley humana y divina y combatiendo todo refrenamiento de las pasiones?

¡Que la sociedad está corrompida!

¿Quién la ha corrompido principalmente sino vosotros?

¿O es que vosotros teneis derecho a sembrar la zizafia y luego a quejarnos de que brote y crezca; o a corromper las aguas y luego a censurar que las aguas estén corrompidas?

¡Malos y perversos periodistas!

El Gobierno ha dado un Decreto sobre represión de la inmoralidad.

La ciénaga de los vicios es la incubadora de los crímenes.

Un pueblo de viciosos es un pueblo de criminales.

En otro periódico leo un artículo

y una noticia que desmiente al artífice.

Dice el artículo comentando los hechos a que nos referimos:

«Si hubiera suficientes escuelas en España no registraríamos tantos criminales.»

Esta afirmación ya la echa por tierra la ilustración de los criminales sentenciados, entre los cuales no había ningún analfabeto y uno tenía carrera y otro conocía cinco lenguas.

Pero la noticia que trae el mismo periódico es de las que tumban de espaldas.

«Los asesinatos este año en Estados Unidos pasaron de diez mil habiendo aumentado en un diez por ciento sobre el pasado año.»

¿Es que en Estados Unidos no hay las suficientes escuelas?

El promedio de crímenes en Norteamérica rebasa el de la mayoría de los pueblos europeos.

¿Es que allí hay menos ilustración? Pues ¿no habíamos quedado en que la última palabra del progreso se ha dicho en el país norteamericano?

En otra parte está el secreto de la disminución de crímenes.

Enséñese la Ley de Dios y el resultado será maravilloso.

Enséñese a amar a Cristo y veréis como los hombres se aman los unos a los otros.

En los hombres, en todos los hombres crece en su interior una mala yerba: son las concupiscencias; a cortar esas malas yerbas solamente ha enseñado la Religión cristiana.

La eficacia de los otros medios es secundaria y da su resultado cuando no falta el principal y eficacísimo medio de la Religión.

Romanones y Melquiades

Los jefecillos de aquellos partidos, que se llamaron romanonista y reformista, han escrito sendas cartas a Primo de Rivera pidiendo autorización para ponerse en contacto con el público.

Primo de Rivera—que no ha perdido el sentido común—les ha contestado que ¡nones!

Hubiera sido curioso permitirles la reunión para luego examinar todos los antecedentes de los congregados.

Apostaría doble contra sencillo y hasta ciento contra uno que la inmensa mayoría de los reunidos la hubieran constituido los defraudadores de la Hacienda.

Porque hoy no quedan en España de frontera a frontera defensores de los antiguos partidos políticos, más que los defraudadores de la Hacienda pública.

Ahora, que como eran tantos los chupópteros y tantos los defraudadores el mitin es comilona—sobre todo esta, si la paga Romanones—hubieran sido muy concurridos y hasta peligrosos.

Sanjurjo a Melilla

El General Sanjurjo ha sido nombrado Comandante General de Melilla.

El bravo general ya ha salido para su destino.

España espera mucho de él. Sus brillantes campañas le hacen acreedor a la confianza.

¿Y los moritos?

En la Asamblea de los Sindicatos Agrícolas de Aragón una rondalla cantó esta jota:

Pronto el general Sanjurjo
deja el gobierno civil;
Vaya una mala noticia
para el señor Abá-el-Krím.

A. H.

VARIEDADES

El Diablo y su huésped

(HISTORICO)

Un día de Septiembre del año 1831 un caballero delgado y bajo, elegantemente vestido, se presentó en la portería de una casa de París próxima a la Iglesia de la Magdalena.

—¿Hay aquí cuartos por alquilar?—preguntó al portero.

—Indudablemente, caballero, y de lo mejor para una persona como usted: En el primer piso hay una habitación soberbia, con magníficas alfombras, chimenea, etc., etc.

—Nada de eso—dice interrumpiéndole el elegante señor.

—Entonces, en el tercer piso, podrá usted ver una habitación con cuatro piezas, comodísima, con baño y...

—Tampoco me conviene. Quiero una bohardilla.

—¿Una bohardilla? Hay, en efecto, una; pero casi inhabitable; sopla el viento por todas partes y es querer buscar una pulmonía...

—No importa, ¿cuánto paga de alquiler?

—Cien francos al año; pero un caballero como usted, parece...

—No tengo tiempo para entrar en discusiones. Quisiera tener inmediatamente la bohardilla a mi disposición—contestó con sequedad el desconocido.

Dió un luis al portero y se marchó en el lujoso coche que le esperaba a la puerta.

El portero, moviendo la cabeza, subió a la bohardilla... La barrió, quitó las telarañas, limpió los vidrios de la única ventana, y en suma, la dejó habitable en lo posible.

Al cabo de una hora volvió el desconocido acompañado de un mozo cargado con una caja de ébano larga como un ataúd.

Dejó la caja en la bohardilla, volvió a bajar, y al pasar por la portería le preguntó el portero lo que contenía aquella caja negra.

—No sé, pero le aseguro que pesaba lindamente.

—¡Si será un cadáver!—exclamó asustada la portera.

—Puede que no andes muy descaiminada dijo su marido.

En aquel momento apareció el misterioso personaje en el umbral.

—Aquí—dijo en tono seco,—no recibiré más que a una sola persona, no dejarán ustedes entrar a nadie más. La persona de que hablo es un caballero, alto, de buena presencia; de unos 40 años, de aire sombrío y taciturno.

—¿Su nombre?

—No lo diré. Nadie debe saber que viene a trabajar conmigo. Nadie absolutamente.

—Y entonces ¿cómo nos componemos para saber que es él, y no despedirle?

—Dirá una frase convenida.

—¿Y será?

—«Quiero ir al demonio».

El portero y su respetable mitad se echaron atrás espantados, pero el

desconocido sin advertirlo, se alejó tranquilamente, dirigiéndose de nuevo a la bohardilla.

Aquel mismo día llegó el visitante. Era un hombre de aspecto desagradable. Fisonomía torva, cejas negras, ojos vivos e inquietos, color pálido. Llevaba una larga capa negra forrada de rojo, que envolvía toda su larga persona y le daba un aire terrible.

—¡Quiero ir al demonio!—dijo con voz de bajo profundo que hacía estremecer las fibras de los porteros.

—Haga usted el obsequio de subir—respondió el marido tembloroso,—el caballero que usted desea ver está en casa.

El hombre tenebroso fué allí desde entonces todos los días a la misma hora, y los dos personajes pasaban juntos gran parte del día entonando canciones tan diabólicas, que hubieran erizado, el pelo de los transeuntes. Por la tarde, a eso de las cinco, salían juntos, para volver a comenzar al siguiente día la misma sinistral diversión.

Los nuevos inquilinos empezaban a preocupar desagradablemente al portero. Una mañana, decidióse éste a ver claro en el asunto, se puso a escuchar a la puerta de la bohardilla. Lo que oyó fueron cosas terribles.

—¡Adelante, valor, Satanás!—gritaba el uno.

—El decirlo es fácil—respondía el otro al desconocido;—pero ¿cree usted que puede uno convertirse en diablo tan fácilmente?

—Es difícil indudablemente; pero no importa. Usted tiene excepcionales condiciones.

—Pues yo creo que por estos medios no voy a ser nunca el diablo que usted desea.

—Y, sin embargo, tiene usted que serlo. ¡Será usted Satanás, en obsequio mío!

—¡Dios nos asista!—exclamó angustiosamente el portero.

Y sobrecogido de espanto se precipitó por la escalera.

No había duda. Corrió inmediatamente al puesto más próximo de policía; se presentó al comisario; le refirió la llegada del desconocido, le describió la caja negra y le habló de las canciones impías y del satánico diálogo.

Precisamente en el instante en que uno de los desconocidos evocaba

con tétricos acentos a todos los demonios del infierno, golpearon a la puerta de la bohardilla.

—¡En nombre del Rey: abrid! Los desconocidos obedecieron. El comisario, con varios policías, entró; tras de él se formaron el portero, su mujer y otros inquilinos.

—¿Cómo se llama usted?—preguntó el comisario.

—Giacomo Meyerbeer—contestó sonriendo el elegante inquilino.

—¿Y su nombre de usted es?...—volvió a preguntar el comisario, dirigiéndose al otro.

—Nicolás Próspero Lévasseur, primer bajo de la Gran Opera.

El comisario, atónito, se quitó respetuosamente la gorra, y añadió:

—Ilustres señores, han sido ustedes acusados de brujerías; no prestaba gran fe al testimonio del portero, y hubiera debido no molestarles; pero no hubiera sido la primera vez que una mezquina habitación sirviera a personas distinguidas para cometer... hasta delitos; los ilustres nombres de ustedes me dicen claramente que se trata de un error...

—Pero, ¿por qué—preguntó sumisamente el portero,—por qué se alborota tanto y se evoca siempre al demonio? ¿Qué es lo que hay en ese féretro?

Meyerbeer abrió la caja: había dentro varios instrumentos de música y una partitura sobre la cual se leía en gruesos caracteres, *Roberto el Diabolo*.

—Me he encerrado en esta bohardilla—dijo el maestro al comisario—para enseñar al señor Lévasseur la parte de Beltramo que ha de representar en mi nueva ópera. En el Hotel de los príncipes, donde vivo, no podía dedicarme a ningún estudio. Necesitábamos estar solos, tranquilos, sin que, nadie viniera a molestarnos, y esta es la razón de por qué hemos conservado el incógnito.

El mismo Lévasseur fué el que inventó las palabras de contraseña: «Quiero ir al demonio».

Quince días más tarde, el 13 de Noviembre de 1831, figuraban entre los asistentes a la primera representación de *Roberto el Diabolo*, el comisario de policía y el portero. Este aplaudió como un desesperado, pero al llegar a la evocación diabólica en el acto tercero, cuando Lévasseur con toda la fuerza de su poderosa

voz cantó su parte, el portero sintió escalofríos por todo el cuerpo y murmuró entre dientes: «Vaya, vaya... todavía no estoy yo muy convencido de que éste no sea el mismo demonio».

E. Mazzarino.

Quando haya leído este periódico, no lo tire ni lo rompa: délo a leer.

OBRAS

DE

D. Adolfo Clavarrans

Edición completa.

nuevamente ilustrada.

Van publicados 9 tomos.

Saldrán unos 12.

Estas obras impresas en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción... 4 pesetas mensuales

Media id... 2 » »

Un cuarto id... 1 » »

Un octavo id... 0 50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimo más por acción mensual, siendo para la península.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número ó sea de cien periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

Dirigir la correspondencia a D. Diego Castaño administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot 3, Orihuela (Alicante) Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica* Calle de Zorrilla 4, duplicado.

Imp. de La L. Popular.—Orihuela.